

# ¿Cuarenta aniversario ya del sitio de Oviedo?

Por el Teniente General

ANTONIO CORES FERNANDEZ DE CAÑETE

La respuesta nos la daría el insuperable Schopenhauer, que por algo se le ha llamado el filósofo incomprendido, y podría justificar el recuerdo ahora a semejante episodio de los comienzos de la guerra civil española, poco conocido en magnitud y trascendencia; y que tiene doble interés, el 17 de octubre de cada año, cuando después de cuatro décadas de su desenlace, dos nuevas generaciones han multiplicado el censo de la capital de Asturias, y su perímetro de extensión ha borrado todo vestigio de trincheras y reductos en campo abierto, sustituidos ya por grandes vías y modernas edificaciones.

Su primera figura, el Laureado General Aranda, vive todo lo que entonces dirigió, en silencioso recuerdo; como el General Caballero y algunos, ya muy pocos, militares, guardias civiles y movilizados voluntarios que combatieron a sus órdenes, y los habitantes, ovetenses o no, de aquel verano, que sufrieron las duras consecuencias del episodio militar, día a día, hasta noventa.

Hoy el ambiente político-social asturiano ha cambiado totalmente, por fortuna; progresa día a día el factor económico, que es básico, y su porvenir no puede ser más esperanzador cuando está en los propósitos del poder público resolver definitivamente el problema que Asturias conllevó como pudo, lo que no sabemos si llamar "orgullo orgánico" o "pesadilla", del tan bello Puerto de Pajares.

Que el tema es actual se demuestra con el pensamiento concreto del citado filósofo, cuando nos dijo que "la historia nos enseña que en cada época hay siempre algo diferente, mientras que la filosofía insiste en que en todas las épocas la misma cosa ha sido, es y será". Hoy la técnica de los medios de comunicación, simplificando la relación de Asturias con el resto de España, es y será garantía de que no podría repetirse el caso de aislamiento que explica los sucesos del 34 y el episodio militar cuyo aniversario vienen a recordar estas líneas.

Había un viejo precedente; el reducto de Don Pelayo, un Rey cristiano, que mostró por primera vez en Covadonga, cómo combatiendo entre impenetrables cañadas a las muy nutridas huestes mahometanas

de Alkamah, anticipó una lección estratégica que tuvo una nueva versión en el año 36, y que deben conocer esas dos nuevas generaciones, sobre todo la última, de españoles que decíamos. Una respuesta a la interrogante de este artículo, ya que ni ellos, ni el turismo, pueden encontrar en Oviedo suficiente vestigio de lo que fue escenario de una página fundamental en la Historia Contemporánea de España; a pesar de lo que con muy buena voluntad, pero con cierta timidez, es un monumento en la que se llama en Oviedo "Plaza de la Gesta".

Por eso quizá sea oportuno recordar algunos datos concretos, muy útiles para aquellos que, deseando la paz, han de conservarla y reforzarla para los españoles en unas bases auténticas de orden económico, político y sobre todo social; las mejores garantías de que nunca más se podrá repetir el Sitio de Oviedo.

El hecho histórico-militar que significó tiene particularidades que lo distinguen totalmente de cualquiera de los que, con semejante misión de conservar una fortaleza, unas posiciones o un centro urbano, definieron centros de gravedad decisivos de la guerra civil española del 36, y ahora y siempre significarán recuerdos y lugares de su primerísima fase; cuando en España existía aún lo que Burnett Bolloten (Hollis y Caeter) ha titulado "El gran engaño", aludiendo a las maniobras de Stalin en la sombra, para dominar la estrategia republicana española.

Es indiscutible que Oviedo significaba en el año 36 el seguro éxito de semejantes maniobras en las que los dirigentes comunistas confiaban, como confió Alkamah que era lugarteniente del Wali El Horr en Covadonga, en que allí no se repetiría la batalla de Guadalete; se equivocaron y la guerra tuvo un carácter particularísimo e inesperado. De todos modos y viviendo hoy lo que ocurrió en aquellos interminables tres meses de sitio, en que lucharon españoles contra españoles, hubo muchos actos de la clásica "furia española", tan reconocida y admirada por los que no lo son, como dice James Cleugh en su obra "LA GUERRA DE ESPAÑA DEL 1936".

Las cifras de bajas ocurridas en cada bando contendiente del Sitio de Oviedo fueron para los escasos defensores las cuatro quintas partes de sus efectivos, y más del millar las originadas por los bombardeos y epidemias en la población civil, llegando asimismo a más del sesenta por ciento para los atacantes, que quintuplicaron sus fuerzas, porque podían ser renovadas constantemente; desproporción única de la guerra que no volvió a repetirse en todo su transcurso.

Y es que allí hubo **prisa, velocidad y vehemencia**; sobre todo una previa y muy fría técnica e inteligente labor de preparación, porque el objetivo en los propósitos marxistas era seguro. Fue gracias a esa labor de previsión que Oviedo no sucumbiera en los primeros días cuando los atacantes, como ha dicho el citado autor inglés, simbolizaban el máximo grado de la obsesión fanática muy bien inculcada en los españoles, nativos o no de la Región, desde muchos kilómetros de distancia, en el Kremlin.

Basta que el lector considere los efectos desastrosos que podían producir en Oviedo durante aquellos noventa días el lanzamiento de

ciento veinte mil disparos de cañón y más de diez mil bombas desde el aire, perfectamente conjugados con el uso habitual de la dinamita, para comprender el número de bajas y no complicarse, en cambio, el buen índice de una moral en la defensa, que nunca flaqueó y para describir la sorprendente euforia del final.

Conviene por eso refrescar estos hechos, y sobre todo referirlos, cuando España está en plena preparación de una estructura democrática moderna, en la que los asturianos tienen plena fe sin distinción de clases, como pudieron demostrar apiñándose para aplaudir a sus Reyes en su primera y oportuna visita a Covadonga, a Oviedo y a la cuenca minera. Y por añadidura no es mesurable la entidad del pequeño recuerdo monumental que decíamos al respaldo de la iglesia de San Francisco de Asís, en desproporción con el hecho histórico que trata de recordar, porque en todas las guerras, que ahora son siempre una sucesión de batallas, existen siempre las que los cronistas podrían llamar "afortunadas" cuando ayudan a guardar vivo su recuerdo y su homenaje a los que ganaron y murieron y, sin embargo, no fueron decisivas para su terminación.

¡Qué duda cabe —por ejemplo— que a un lector de la Guerra Europea del 14-18 y visitante de sus escenarios tiene que impresionar más la lectura de la batalla del Marne, que implicó una genial e inusitada movilización de los taxis de París para defender la entrada de los alemanes en la capital francesa, que la visita a un fuerte de la batalla de Verdún, aunque ésta significó luto de muchísimas más familias de defensores y atacantes... pero que ocurrió cuando unos y otros vivían ya ambiente de guerra...!

Como en la Segunda Guerra Mundial, tiene más atractivos para el profano la lectura del desembarco de Normandía, que significaba la recuperación de Europa Occidental en el Viejo Continente, que —por ejemplo— la batalla de Midway o de Guadalcanal, que definían y confirmaban la supremacía occidental en el Pacífico, cuando los aliados tenían que lamentar la pérdida de más de doce millones de toneladas de buques, hundidos por las fuerzas navales del Eje.

Por eso no olvidemos los españoles de esas tres generaciones que decíamos; los que vivían entonces, los que estaban en plena juventud y, sobre todo, sus descendientes, que en el Sitio de Oviedo, aunque lógicamente en proporciones muy distintas, se trazó también un símbolo de nuestra última guerra civil, tan trascendente como inesperada y útil ejemplo para el porvenir.

Madrid, octubre 1976.